

fatal del darwinismo, transportado del mundo físico al mundo moral. El asesino Abadie decía con fruición: «La vida es una batalla: yo hiego al que me crea obstáculos... los fuertes derriban á los débiles.» (Macé, *Mi museo criminal*, pág. 183.) Y no es el único asesino que ha empleado este lenguaje: varios criminales en los últimos años de su vida, se han esforzado en encontrar una excusa ó un pretexto para su delito, con la teoría de *la lucha por la vida*. Algún tiempo antes del asesinato de la viuda Gillet, por el cual fué condenado y ejecutado Lebiez, estudiante de medicina, dió este una conferencia sobre el darwinismo y dijo. «Todo ser tiende á ocupar su puesto bajo el sol, pero en el banquete de la naturaleza, no hay sitio para todos los convidados, ni plato para todo el mundo: cada uno lucha para obtener un sitio,... el más fuerte tiende á aplastar al más débil.» (*Ibid.* 198.)

A buen seguro, Darwin, no preveyó la singular aplicación que los asesinos harían de su teoría: pero estos ejemplos demuestran lo peligroso de las doctrinas, que aplican á la humanidad las leyes zoológicas. Si la humanidad, olvidando las leyes morales que le son propias, toma de los animales las leyes que les gobiernan, ¿qué tiene de extraño que la lucha por la existencia, sea entre los hombres, como entre los animales, violenta, implacable, que la sociedad se convierta en un campo de batalla, en la cual los fuertes estrujan á los débiles? ¿Si la humanidad, como el reino animal, está entregada á una concurrencia desapiadada que exige el sacrificio de los débiles, ¿no hay que temer que se excuse la violencia? Si la lucha por la existencia, que es ley de los animales es también la ley de la humanidad, ¿el hombre no tendrá la tentación de convertirse en lobo respecto á sus semejantes, por temor de que le toque la suerte del cordero? Si la razón del más fuerte es siempre la mejor, ¿qué tentaciones para asegurar el éxito, cualesquiera que sean los medios que se empleen! Supóngase, un hombre sumido en la miseria, no por culpa suya, sino por ejemplo, por la de un banquero que ha distraído los fondos que le había confiado: este hombre se dirige á sus parientes, á sus amigos para que vayan en su auxilio, y esta petición es desechada: la miseria es cada día mayor, y mientras que su mujer y sus hijos sufren las más grandes privaciones, observa que con especulaciones fraudulentas ó política poco escrupulosa, se enriquecen los aventureros y los malvados; cuando bajo la influencia de

su desgracia inmerecida, que contrasta con el buen éxito de los malos, su alma se irrita contra el destino, la ingratitud de los hombres y el abandono de Dios, supóngase que este hombre lee, «que no hay bien ni mal absolutos, que lo que es ilegal en virtud de nuestras relaciones sociales y políticas, es natural y normal en virtud de la ley universal de la necesidad, que fuera del organismo social no existe el delito, atendido á que todos los actos que corresponden á esta idea, se refieren á la lucha natural y necesaria por la existencia.» (*La libertad de la voluntad*, por Notevich, pág. 217.) ¿No puede esta lectura, aletargar su conciencia, y hacerle aceptar la idea de un acto ilegal, que no es sino una la forma de la lucha por la existencia?

¿No es también evidente que las teorías, que quieren aplicar al hombre las leyes zoológicas, le hacen menos apto para amar á su semejante, borran la compasión para los débiles, el respeto á los pobres, y la conmiseración para los enfermos? Sabido es, que según Darwin, la pobreza es «abyecta», que el darwinismo ha condenado la asistencia pública, pues reprocha á la caridad, que prolonge la vida de los débiles, en vez de dejarles morir, obteniendo de este modo con su eliminación, la depuración de la raza. Según H. Spencer, «la calidad de una sociedad, descende en su aspecto físico, con la conservación artificial de sus más débiles miembros.» (*Introducción á la ciencia social*.) ¿No es esto desarrollar el egoísmo, suprimir la piedad para los que sufren, porque son pobres y débiles? ¿No es esto debilitar el respeto á la vida humana? No sé si me equivoco, pero me parece que estos temores y recelos no son quimeras, y que la influencia del darwinismo déjase sentir ya de un modo poco halagüeño en las costumbres. ¿No hay por ventura más sequedad en el trato común, menos delicadeza en la elección de los medios, menos fraternidad entre los pueblos? ¿Cuán lejos estamos hoy de los sentimientos de generosidad, de entusiasmo, que antes hacían batir el corazón de la humanidad! El odio se encuentra en todas partes, entre las clases, entre los pueblos: ¿en qué ha venido á parar el espíritu de unión, de concordia entre los ciudadanos, de paz y fraternidad entre los pueblos?

«No abusemos de la zoología, que nos llevaría muy lejos.» decía M. J. B. Dumas (*Respuesta á M. Taine*.) Descartes y Pascal habían señalado ya el peligro de las doctrinas que asimilan el hombre á las bestias. «Es peligroso enseñar demasiado al

hombre cuan igual es á la bestia, sin ponerle de relieve su grandeza.» (Pascal.) «Después del error de los que niegan la existencia de Dios, decía Descartes, nada hay que aparte más á los espíritus débiles del camino de la virtud, que el suponer que el alma de los animales es de la misma naturaleza que la nuestra, y por consiguiente, que nada tenemos que temer ni que esperar después de esta vida, ni más ni menos que las moscas y las hormigas.» (*Discurso sobre el método*, V parte.) Esta era también la opinión de Aembert, que ya en el siglo XVIII indicaba lo peligroso que es olvidar, «la diferencia que el Criador ha juzgado oportuno establecer entre el hombre y la bestia.» (*Explicaciones sobre los elementos de filosofía*.)

¿Será el excepticismo quien venga á restaurar en las almas, el amor y el respeto á la humanidad? Para que se vea como se debilitan estos sentimientos, basta leer las siguientes líneas de un escritor de gran talento, que ha perdido las creencias espiritualistas y cristianas. «Lo que es á mí, me divierte el género humano: me interesa, pero en su conjunto no me inspira ni respeto ni ternura.» (*Estudio sobre la literatura contemporánea*, por Edmundo Scherer, VIII.) ¿Se creará aun, que el amor patrio se conserva con toda su fuerza, cuando se ve á algunos filósofos escépticos reunirse en 1883, para ofrecer al dueño de un restaurant de París, una medalla conmemorativa, por las excelentes comidas que les había servido durante el sitio de París?

¿Qué influencia saludable podrá ejercer la negación de las creencias espiritualistas, en hombres que cada día luchan con las dificultades de la vida, en obreros que según dice M. Littré, se adhieren cada día más y más al positivismo? (*Estudio sobre los progresos del positivismo*.) Si la creencia en el carácter absoluto del deber, en Dios, en el alma, en la vida futura, son destruidas por un materialismo grosero, ¿cómo la instrucción podrá por sí sola hacer buenos á los hombres? ¿Es que la humanidad, despojada de sus creencias, conservará la misma fuerza moral que si las tuviera? En los espíritus muy ilustrados, el trabajo intelectual, la curiosidad científica, el ideal, podrán en cierto modo, llenar el vacío inmenso que se hace en el alma, cuando pierde sus creencias, porque, como dice M. Renán, estos espíritus obran bajo la influencia de antiguos hábitos, y «se parecen á los animales á quienes los fisiólogos quitan el cerebro, y continúan ciertas funciones de la vida, por efecto de ciertos fenómenos patológicos. Pero estos movi-

mientos instintivos se debilitarán con el tiempo.» (*Diálogos filosóficos*, prefacio, pág. XVIII.) Este escritor atribuye á las antiguas creencias, las virtudes que ha conservado, aun confesando que después de su salida de San Sulpicio, no ha hecho sino bajar; (*Recuerdos de la juventud*, pág. 346), y añade: «Vivimos de una sombra, de un perfume de un vaso vacío: después de nosotros, se vivirá de la sombra de una sombra.» (*Contestación de M. Renán á M. Cherbuliez*.) En efecto, la sombra de una sombra, es un alimento muy ligero para el alma humana, que necesita nutrición más sustanciosa. Aquellos que ni aun tengan el recuerdo de las creencias espiritualistas, para perfumar su vida, ¿encontrarán un alimento saludable en las nuevas doctrinas que enseñan, que el alma es una secreción del cerebro, ó un movimiento de la materia, una vibración molecular: que no hay diferencia de naturaleza entre el hombre y los animales; que el deber no tiene un carácter obligatorio absoluto, que las intuiciones morales son el resultado de las experiencias acumuladas, de utilidades transmitidas por la herencia? Sacrificar sus intereses al deber, cuando el deber no es sino una ilusión, sufrir por la justicia cuando no se cree en ella, preferir el sacrificio al egoísmo y la pobreza á los placeres, cuando no hay nada más positivo que el placer y el dinero que lo procura, ha de ser una tarea difícil para aquellos que están entregados á las pasiones y las necesidades de la vida.

Así, lejos de entender que la instrucción, divorciada de las creencias espiritualistas, puede suprimir la criminalidad, temo que la aumente. Creo con Julio Simón, (su magnífica obra, *Dios, Patria, Libertad*) que sólo las creencias arraigadas pueden hacer buenos á los hombres, y que ni la fisiología, ni la historia natural, ni el culto de lo bello, pueden comunicar la fuerza moral, que el hombre adquiere con la fe en el deber, en Dios, en el libre albedrío y la esperanza de un mundo mejor. Ni el positivismo, ni el darwinismo, ni el fenomenismo, ni el escepticismo sentimental pueden consolar al hombre, fortificarle, y preservarle del delito y el suicidio. La moral necesita un punto de apoyo, que no se encuentra sino en Dios, en la creencia del deber, de la libertad y la vida futura. Todas las otras doctrinas, que niegan á Dios, el alma y el libre albedrío, destruyen la moral, debilitan los sentimientos nobles, y disminuyen la repugnancia al mal. «La filosofía pesimista tiende al suicidio, la filosofía utilitaria conduce al egoísmo y á todo

lo que representa las utilidades, el dinero: la filosofía empírica tiende á huir de todo ideal; la filosofía determinista conduce al relajamiento de la fuerza moral, ya débil de por sí, como la filosofía escéptica tiende á la indiferencia de todas las cosas. (P. Janet. *Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales*, julio de 1890, pág. 21.) Cuando todas estas teorías, que tanto mal han hecho ya entre los jóvenes de las clases elevadas, habrán penetrado en las masas, (y esto se procura) verase con que dolorosa lógica, las malas acciones, los delitos y los suicidios, serán el resultado de las doctrinas materialistas. No hay filósofo serio, que no se preocupe de las consecuencias que no tardarán en sobrevenir. La expresión de estos temores encuéntrase, así entre los que han perdido ya las creencias espiritualistas, como entre los que las han conservado, así entre M. Scherer, como en M. Janet, Franck, y Barthelemy Saint-Hilaire (1).

En todas las épocas de la historia, se ve, que cuando las creencias espiritualistas se han debilitado, los hombres se han entregado á un afán ardiente y exclusivo del dinero y los placeres. La Mettrie ha hecho la conclusión lógica del materialismo, cuando después del *Arte de gozar*, ha publicado *El Hombre máquina*. Temo mucho, que el positivismo y el darwinismo ejerzan sobre la moral pública, la misma perniciosa influencia que la filosofía sensualista del siglo XVIII. ¿Qué importa que Littré y Darwin fuesen unos sabios, si sus doctrinas prescinden de Dios, de la fe en la libertad moral, de la esperanza en la otra vida, y dejan en el espíritu la duda, la desesperación y las tinieblas? Epicuro fué también un sabio, y no obstante, su doctrina, «contribuyó mucho á malear el espíritu y el corazón de los Romanos.» (Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los Romanos*, cap. x.) ¿De qué proviene que la criminalidad aumente, que la moralidad disminuya, mientras progresan la ciencia, el arte y la industria? De cincuenta años

(1) Scherer, *Estudios sobre la literatura contemporánea*, VIII, la crisis actual de la moral. — En una carta de M. Frank, que tiene horror á la ignorancia, y que me ha dispensado la honra de dirigirme, deplora las funestas consecuencias del ateísmo y del materialismo que se dejan sentir ya en las costumbres públicas: «Pienso como vos, dice, que la instrucción es insuficiente para combatir y evitar la inmoralidad: frecuentemente viene á ser el auxiliar del vicio y del crimen. A la instrucción hay que añadir la cultura moral, de la cual la fe y la caridad son un elemento necesario.

á esta parte, el número de procesados y acusados á instancia del ministerio público ha casi duplicado. En 1838, el número de aquellos era de 237 por 100,000 habitantes, y en 1887, háse elevado á 552. «Asistimos á un sorprendente desarrollo de fuerzas materiales, de poder del trabajo, de la riqueza y del lujo, pero al mismo tiempo, de la miseria y el crimen bajo nuevas formas... El espíritu se aguza, la instrucción progresa, y no obstante la moralidad no aumenta en proporción.» (Renouvier, *La Crítica filosófica*, diciembre 1889.) No sólo la moralidad no ha aumentado en proporción, sino que ha disminuido: en particular entre los jóvenes.

En efecto las estadísticas demuestran el aumento de la criminalidad en los jóvenes de 16 á 21 años. La proporción de esta clase de delincuencia, sobre el número total de delitos de derecho común, ha aumentado en los términos siguientes:

De 1831 á 1835 de 100 procesados varones, había 11 que contaban la edad de 16 á 21 años.

De 1876 á 1880 la cifra expresada ascendió á 14, que en el periodo de 1881 á 1885, alcanzó á 16 por cien.

La estadística de 1887 demuestra también, que respecto á los varones, la relación con la población, da una proporción de criminalidad más elevada, para los jóvenes de 16 á 21 años (pág. xxv.) M. Mallok, tenía razón hace ya más de diez años atrás, cuando decía, que los males que causaría el positivismo, serian mucho más sensibles entre los jóvenes. (*¿La vida vale la pena de vivir?* pág. 166.) La desmoralización de la juventud es hoy evidente; los magistrados lo observan todos los días, pues la mayor parte de los procesados y acusados son jóvenes. La ejecución de los delitos que cometen, revelan un cinismo alarmante, una maldad poco común, y algunas veces un asombroso fanatismo irreligioso. Así, un joven acusado, á quien acabo de juzgar, aprovechando la ausencia de su amo, para robar su casa, indignado de no encontrar dinero, rompió un gran crucifijo, lo hizo pedazos y lo echó al fuego. Un distinguido juez de París, M. Alfredo Guillot, ha demostrado lo mismo, pues dice: «El antiguo pilluelo de París, era franco y alegre, hoy ha sido sustituido por un repugnante truhán, cuyo cuerpo está tan corrompido como su espíritu.» (*París que sufre*, pág. 251.) El sabio magistrado que acabo de citar, encuentra en los actos de los acusados jóvenes, «una exagerada ferocidad, un afán de concupiscencia, una fanfarronada del

vicio, que difícilmente se pueden encontrar con igual desarrollo en edad más madura.» Estos acusados de 16 á 17 años, tienen frecuentemente sus mancebas (1), roban con violencia en las quintas inmediatas á las ciudades, con sólo el objeto de apoderarse de las botellas de licor, que apuran en el mismo lugar del delito. Su audacia es tal, que detienen á los transeuntes en la mitad de la calle, y en particular en Marsella, donde han llegado á formar un ejército de malhechores dispuesto á todas horas á lucir sus tristes proezas. ¿A qué debe atribuirse esta perversidad de la juventud, que jamás estuvo tan corrompida? A mi entender, á haberse debilitado las creencias espiritualistas y cristianas.

Entre estos jóvenes, que vienen á sentarse en los bancos de los Tribunales correccionales y los Assises, he visto con profundo pesar, que figuran algunos bachilleres y estudiantes de medicina ó farmacia, mientras que no he visto á ningún estudiante de derecho (2). Temo que esta triste coincidencia, es el fruto de los estudios hechos con un espíritu enteramente materialista.

¿Por qué se realizan tantos suicidios entre jóvenes, y aun por muchachos? El número de estos suicidios ha aumentado en proporciones que afligen: desde 1836 á 1840, el número de suicidios en muchachos menores de 16 años, era de 19 al año por término medio. De 1876 á 1880, elevóse ya á 50, y en 1887, ocurrieron 68, de los cuales 48 los cometieron jóvenes, y 20 muchachas. Ahora bien: sépase que el número de suicidios consumados en 1887 por jóvenes de 16 á 21 años, ascendió á 375.

¿No es alarmante ver á ladrones, con violencia, á rufianes y asesinos, y en gran número, que sólo cuentan 15, 16 ó 17 años? ¿No es una triste prueba, la desconsoladora cifra de tantos suicidios cometidos por jóvenes?

Todos estos hechos demuestran que la instrucción no basta para producir la moralidad. Se aplaudirá que se acumulen en

(1) Un joven acusado que había ahogado por celos á una muchacha de 13 años, contestó á sus jueces: «La marrana me rechazaba y por esto la arrojé al agua.» (Mace, *Museo criminal*, pág. 128.)

(2) Esta diferencia desaparece, cuando á los estudios sigue el ejercicio de la profesion. Los médicos son menos objeto de diligencias judiciales, que los notarios y los procuradores.

el espíritu de los muchachos, elementos de física, química, historia natural, cosmografía, almacenar confundidos en su memoria toda clase de nociones científicas y que se olvidan muy pronto: pero si se descuida la educación moral y religiosa, el corazón permanecerá frío, seco, egoísta: la voluntad no será sostenida por las creencias y los sentimientos que elevan el alma: el nivel moral bajará más y más.

Aislada, divorciada de la educación moral y religiosa, la instrucción no hace sino dar forma nueva á la criminalidad: sólo logra atenuar la aspereza, ó la violencia de los caracteres. Basta leer los *Días grandes de la Auvernia* de Flechier, para ver como nuestras costumbres, se han hecho menos groseras, menos violentas. Si á pesar del aumento de la criminalidad en general, el número de asesinatos y homicidios ha permanecido casi estacionario, si ha disminuido el de las lesiones que han producido la muerte, debe atribuirse este resultado, al mayor desarrollo de la instrucción. El hombre ignorante, grosero, es en general más brutal que el hombre instruido. Mientras el número de delitos contra las personas, es á poca diferencia el tercio de los delitos contra la propiedad, los hombres ignorantes, cometen casi tantos delitos contra las personas como contra las propiedades. (*Estadística de 1886*, pág. 10.) En 1886, de 100 acusados que no sabían leer ni escribir, 48 eran acusados por delitos contra las personas y 52 contra las propiedades: al contrario de 100 acusados que habían recibido instrucción superior, 28 lo eran por delitos contra las personas y 72 contra la propiedad.

¿Debe también atribuirse á la falta de instrucción el gran número de infanticidios cometidos por los ignorantes? No lo creo así. Si más de la mitad de los acusados de infanticidio son ignorantes, es porque este género de delitos es casi siempre cometido por muchachas pobres. Las mujeres que cuentan con recursos y son más instruidas, procuran el aborto, con el auxilio de la comadrona, cuando quieren hacer desaparecer el fruto de sus extravíos. La estadística de 1876 á 1880, da á conocer, que respecto el delito de envenenamiento, la proporción de los ignorantes es de 54 por 100 (pág. xxxii), ¿debe por ello deducirse, que los ignorantes son más inclinados que los demás, á esta clase de delitos? A mi entender, tampoco, porque los dos tercios de los envenenamientos son realizados por mujeres, cuyo mayor número no saben leer ni escribir.

Pero, si la criminalidad violenta, ha disminuido un tanto (1) la criminalidad fraudulosa ha hecho considerables progresos, á pesar del desarrollo de la instrucción. Los delitos de estafa, abuso de confianza, hurtos, fraudes mercantiles ha aumentado mucho. Desde 1875 á 1887, el número de abusos de confianza elevóse de 2.952 á 3.911, el de las estafas, de 2.638 á 3.581, el de los hurtos, de 32.420 á 35.349, y el de los fraudes mercantiles de 2,952 á 3,228. Sólo por la parte de Provenza y en las fronteras de España se ve á algunos italianos y españoles, desbalijar de tarde en tarde á algunos viajeros; pero ¿en qué ciudad importante no hay sociedades financieras tramposas, que hacen millares de víctimas y arruinan comarcas enteras? El calor de la lucha por la vida, el estímulo de la concurrencia, la multiplicidad de necesidades ficticias, el afán inmoderado del lujo y el bienestar y la sed de los placeres, ¿no han introducido hábitos perniciosos en casi todas las profesiones? Al lado de los delitos bien caracterizados, ¿cuántos fraudes, cuántos engaños, cuántas infidelidades!

Reasumiendo: aun deseando que la instrucción sea más y más extendida bajo todas las formas, (mediante empero que no se la separe de las creencias espiritualistas que hacen el hombre tan grande, tan fuerte y tan generoso,) creo dejar bien sentado por los hechos, que la instrucción por sí sola es insuficiente para suprimir la criminalidad, y aun que puede llegar á ser peligrosa si tiende al materialismo y al ateísmo. Somos muy propensos á exagerar el poder moralizador de los conocimientos, y á descuidar la educación del corazón y de la voluntad. (Hartman, *Filosofía de lo inconsciente*, t. II, pág. 292.) «La moralidad no es un atributo de la inteligencia, sino de la voluntad.» No merezcamos este reproche de Montaigne: «El cuidado de nuestros padres se dirige sólo á llenarnos la cabeza de ciencia, pero se preocupan poco de la virtud y del buen juicio (2).» Indudablemente, no despreciemos la ciencia, pero no olvidemos que los estudios literarios y filosóficos tienen una acción moralizadora mucho más grande que la ciencia, y sobre

(1) Esta disminución se refiere sólo á los crímenes: porque respecto á los delitos de lesiones voluntarias hay aun aumento. Así en 1879, hubo 18,424 causas de esta índole y en 1886 se elevó la cifra á 22,069.

(2) *Ensayos*, t. I, cap. XXIV. Rabelais protestaba asimismo de la separación de la ciencia y la conciencia: «La ciencia sin la conciencia, es la ruina del alma.» (Pantagruel, l. II, cap. VIII.)

todo, que las creencias espiritualistas son las únicas que pueden convenir á la educación de la juventud, porque estas llenan su corazón de los sentimientos más nobles, y le hacen vivir bajo el temor de Dios. Los sentimientos juegan un gran papel en la moralidad. Vauvenargues ha dicho que los grandes pensamientos vienen del corazón, y podría añadirse que las buenas acciones vienen también, más de aquel que de la inteligencia. El conocimiento teórico del deber, aun cuando se le conserve su carácter absoluto, no basta para hacer fácil su cumplimiento: es necesario que se junte un buen sentimiento, que vaya en ayuda de la voluntad, un sentimiento de amor de Dios, ó un sentimiento de compasión por los que sufren, que son pobres ó abandonados. He ahí porque san Agustín tenía tanta razón cuando decía: «una gran voluntad es una gran caridad.» (Capítulo XVII de su obra sobre la *Gracia y el libre arbitrio*.) La instrucción aislada del sentimiento no destruye el egoísmo, no enseña á sojuzgar la voluntad; es un instrumento, un poder, así para el bien como para el mal. «La moralidad práctica, necesita buscar en otras partes sus garantías y puntos de apoyo.» (Carlos de Remusat, *Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales*, diciembre de 1849, pág. 434.) Para que la instrucción moralice, debe ir acompañada de la educación, y sobre todo de la educación religiosa. (V. Cousin, loc. cit. pág. 419.) Los médicos prueban también «que cuando la instrucción no tiene por base una buena educación moral, parece favorecer la tendencia al suicidio.» (Briere de Boismont, *Del suicidio*, 2.^a edición, pág. 53.)